

ELOGIO DESMEDIDO DE GABRIEL CELAYA

Explicar o retratar a Gabriel Celaya en un elogio es caer precisamente en el descomedimiento, en la desmesura. Todo en Celaya es desmesurado, y así van estas líneas, acordes con su persona, con su obra, con sus afectos y pasiones, con su beber vino o lágrimas, con sus alegrías o sus abatimientos. No sé si a un lector joven le producen hoy los poemas de Gabriel un efecto parecido al que provocaron en una o dos generaciones anteriores de catecúmenos de la poesía, pero puedo asegurar que la literatura castellana de postguerra sería explicada de otra forma sin los versos a destajo de Celaya.

Gabriel Celaya perteneció a un grupo de escritores moralistas, provocadores de una anti-moral política y estética frente a la poesía oficial de la dictadura. Con los otros cinco clamorosos de los años cuarenta -Blas de Otero, José Hierro, Victoriano Crémer, Eugenio de Nora y Angela Figuera- entró como caballo siciliano en los dominios del trino de ruiseñores sobre la ruina física y metafísica del país. Desmañado, poco cuidadoso de la sonoridad, ritmo y cadencia de sus versos, el entonees ya maduro Rafael Múgica, de La soledad cerrada, y recién nacido Gabriel Celaya, comenzó, en San Sebastián, la Colección de Poesía Norte, al lado de Amparo Gastón, la mujer que le ha seguido y aguantado y a la que él ha perseguido siempre. Son los años de Tranquilamente hablando, Las cosas como son, Las cartas boca arriba o Lo demás es silencio.

Yo le conocí mucho más tarde, bien mediados los cincuenta, cuando Amparo y él se habían instalado en Madrid, y la literatura de oposición, testimonial o social, se había asentado también semi-oficialmente en la capital. Para mucha gente fueron años frenéticos, de actividad política,

de trabajos para sobrevivir y de descabellada carrera por escribir y publicar, por ocupar cualquier hueco o resquicio que permitiera irse infiltrando entre los muros caducos de un sistema hostil. Por su casa de Nieremberg 21 paraban amigos, jóvenes poetas, dirigentes y militantes políticos clandestinos y no tan clandestinos, profesoras norteamericanas especializadas en el "homo hispanicus poeticusque", sablistas de veinte duros, vendedores de bidés con chorrito, aduladores y policías. Gabriel tenía tiempo para todos y para todo, aporreando la máquina de escribir como un pianista enloquecido y tomándose unos tintos con quien le cayera bien. Aparte su presencia, sus ojos azules de niño comulgado, su risa disparada y balbuceante, sus naturales broncas con Amparo, en las que ella llevaba casi siempre la razón, y su cordialidad, lo que fueron aquellos años y los que siguieron puede encontrarse entre los versos de todos sus libros. Porque aunque Celaya diluya su yo personal en un yo colectivo, se le escapan continuamente reseñas de su vida cotidiana, del trato con los compañeros, de sus dudas, de su conciencia de que, como militante político y moralista poético, le resultaba indecente en aquellos tiempos escribir un poema perfecto.

La relativa normalización política y cultural en la que vivimos desde el 20 de noviembre de 1975 ha actuado en Gabriel Celaya de un modo muy distinto al que algunos esperaban. No ha asumido el papel de un Alberti -el gran exiliado exterior- y no se ha presentado o dejado presentar como el gran exiliado interior o combatiente por la democracia en nombre de una ideología. La última vez que charlé con él fué en San Sebastián, en el homenaje a Luis Martín Santos, hará ya un par de años. Con los amigos y compañeros era el de siempre, pero me pareció notar y entender, por lo que hablaron él y Amparo, que voluntariamente se retira-

ba del elitismo político para centrarse más en su obra de escritor,
sin prisas ya, sin más pasión que vivir su vida junto a Amparo, con
sus amigos y entre su gente. Lo demás es bullicio.

Parchemín

